

revista para maestr@s de educación básica

28

ENTRE MAESTR@S

¡Ya llegaron las cartas de
Veracruz, maestra!

Carmen Isidora García Murcia

**La lectura y la escritura como
medio para fortalecer los lazos
afectivos**

Migdalia Luna Cruz

**Trabajos sobre el cuerpo
en la educación**

Gabriela Noyola

**Hacia los rasgos identitarios del
maestro del siglo XXI. Apuntes
para el ejercicio docente en la
cultura planetaria**

Fabio Fuentes Navarro



Publicación trimestral de la Universidad Pedagógica Nacional, vol. 9, núm. 28, primavera 2009

ISSN 1405-8774

DIRECTORIO UPN

Sylvia Ortega Salazar

Rectora

Aurora Elizondo Huerta

Secretaria Académica

Manuel Montoya Bencomo

Secretario Administrativo

Adrián Castelán Cedillo

Director de Planeación

Mario Villa Mateos

Director de Servicios Jurídicos

Fernando Velázquez Merlo

Director de Biblioteca y Apoyo Académico

Adalberto Rangel Ruiz de la Peña

Director de Unidades UPN

Juan Manuel Delgado Reynoso

Director de Difusión y Extensión Universitaria

Coordinadores de Área Académica:

María Adelina Castañeda Salgado

1. Política Educativa, Procesos Institucionales y Gestión

Alicia Gabriela Ávila Storer

2. Diversidad e Interculturalidad

Joaquín Hernández González

3. Aprendizaje y Enseñanza en Ciencias, Humanidades y Artes

Verónica Hoyos Aguilar

4. Tecnologías de la Información y Modelos Alternativos

Eva Francisca Rautenberg Petersen

5. Teoría Pedagógica y Formación Docente

Lucila Contreras Rodríguez

Subdirectora de Fomento Editorial

CONSEJO EDITORIAL

Director fundador

Roberto Pulido Ochoa

Director

Jorge Alberto Chona Portillo

Asistente de dirección

Patricia Ruiz Nakasone

Consejo Editorial

Rigoberto González Nicolás

Angélica Jiménez Robles

Eloísa Gutiérrez Santiago

Adán Jiménez Aquino

Yolanda de la Garza de Lara

Carlos Anaya Rosique

Carmen Ruiz Nakasone

Tere Garduño Rubio

Valentina Cantón Arjona

Diana Violeta Solares Pineda

Rosa Isela Barrera Salgado

Martha Tlaseca Ponce

Alicia Ávila Storer

María Luz López Morales (Monclova, Coahuila)

Liliana Ochoa (Argentina)

Rafael Porlán Ariza (España)

José Martín Toscano (España)

María del Pilar Unda (Colombia)

Martha Cárdenas (Colombia)

Ernesto Gómez (España)

Josette Jolibert (Francia)

Colaboradores

Colectivos de maestras y maestros de la Red Nacional Tebes

(Transformación de la Educación Básica desde la Escuela)

Red de maestras y maestros animadores de la lectura y escritura

en Iztapalapa, Distrito Federal

Jesús R. Anaya Rosique

Santos Cortés Castro

María de los Ángeles Huerta Alvarado

Juan Manuel Rendón E.

Diseño gráfico original y portada

Margarita Morales Sánchez

Formación

María Eugenia Hernández Arriola

Margarita Morales Sánchez

Diseño de encarte y diagramación

Margarita Morales Sánchez

Traducción

Resúmenes: César Makhlof Akd

Del portugués: María Isabel Carreño Díaz

Fotografía

Roberto Pulido Ochoa y Martha Patricia Ruiz Nakasone

Corrección de estilo

Armando Ruiz Contreras

entre maestr@s es una publicación trimestral de la Universidad

Pedagógica Nacional, Carretera al Ajusco núm. 24, col. Héroes

de Padierna, CP 14200, Tlalpan, México, DE Tel. 5630 97 00,

www.upn.mx

entre maestr@s es una revista indexada en Latindex, folio 14091,

desde 2004. Certificado de reserva de derechos al uso exclusivo ante el

Instituto Nacional del Derecho de Autor 04-2006-062110062500-102.

Número de certificado de licitud de título 11483.

Número de certificado de licitud de contenido 8065.

ISSN 1405-8774. Editor responsable: Juan Manuel Delgado Reynoso.

Las opiniones expresadas en los artículos son responsabilidad del autor.

Preprensa e impresión: Esta publicación se imprimió en

El tiraje consta de 3000 ejemplares.

Mariposa

Angélica Jiménez Robles*

MARIPOSA TRAICIONERA

-Maestro Carlos, maestro Carlos –decían los niños al unísono– ayer fue el carnaval.

En una explosión de voces que se atropellaban unas a otras se escuchaba:

–Estuvo bien divertido.

–Yo me subí a los autos chocones.

–Mi mamá vendió buñuelos.

–Lo más padre fueron las máscaras.

–A mí me gusta ver a los maricones.

–El tío de Jonathan se vistió de mujer.

–Sí, yo lo vi, iba vestido de Shakira, y se besó con Batman –dijo Valeria.

Los niños continuaron platicando lo que vieron en el carnaval del barrio de La Cruz.

–Había muchos hombres vestidos de mujeres que bailaban con otros hombres que traían una máscara de señores barbones –dijo Sharon–. Cuando empezó el baile se abrazaban las máscaras con los maricones.

Sí, Jonathan, la neta, tu tío es puto –dijo Josué con voz fuerte y acentuada.

Todos se quedaron callados, maricón, mariquita, mariposa, son términos comunes en la localidad, pero puto era una ofensa.

Jonathan no dijo nada, no se atrevía, le tenía miedo a Josué. Sus ojos dejaron salir gruesas gotas de lágrimas que se secó con la manga de su suéter. Josué prácticamente se lo había agarrado de su puerquito: le pegaba, lo insultaba, le quitaba el dinero. El pecado de Jonathan era ser diferente, no le gustaban los juegos bruscos. Cuando los demás niños de su salón jugaban luchitas o fútbol, él leía cuentos.

El maestro Carlos tenía a su cargo el grupo 1°B, en su lista había 36 niños y niñas de rostros morenos con nombres que los migrantes habían traído junto con unos pocos dólares.

–Josué, no hables de esa manera, no te das cuenta que ofendes –dijo el maestro Carlos.

–Vamos a leer los libros de Biblioteca de Aula, tienen media hora de lectura libre –dijo el profesor tratando de cambiar de tema, porque el ambiente se tornaba ríspido.

La plática de esa mañana trastornó considerablemente al maestro. Empezó con la lectura, después cambio de un tema otro y, finalmente, les pidió a sus alumnos que hicieran un dibujo de lo que vieron en el carnaval.

* Profesora de la Universidad Pedagógica Nacional Unidad 095.

ABRE TUS MUSLOS LLENOS DE COLORES

El maestro Carlos era el hijo mayor de una pareja que vivió bajo el mismo techo lo indispensable para engendrar cuatro hijos. Esos cuatro niños crecieron semi-huérfanos, al tener un padre que emigró a Estados Unidos y a quien no volvieron a ver. Creyeron que había muerto en el desierto —porque el Coyote dijo que se enfermó antes de llegar— hasta que un “mojado” les contó que su padre tenía otra familia en un condado cercano a Los Ángeles.

La madre de Carlos trabajó para mantener a cuatro niños sin padre; hacía quehaceres en varias casas hasta el anochecer a cambio de más desaliento que dinero. Como suele suceder en muchas familias en las que la madre es el único sostén, Carlos, como hijo mayor, se encargó de criar a sus hermanos; apenas alcanzaba la mesa y ya traía el agua del río, prendía la lumbre y arreglaba los pleitos de sus tres hermanos.

Lo mejor que le pudo haber sucedido a Carlos fue ingresar a una Normal rural, estuvo en un intermedio los cuatro años de la carrera. Llegar a la Normal fue para él lo más parecido al paraíso: tres veces al día tenía comida caliente, una cama que no tenía que compartir, un techo que no se goteaba y, como si no fuera suficiente, al terminar la carrera le dieron una plaza de profesor de educación primaria en una escuela rural, en la que Arturo, el único maestro, era al mismo tiempo director y conserje. Casi sin darse cuenta se convirtió en profesor de primaria, increíblemente, dejó caer gruesas gotas de lágrimas sobre su rostro al recibir el primer cheque a su nombre.

A los 18 años parecía de 14: era pequeño, tieso, resentido, las manchas blancas en la cara evidenciaban los años de hambre; vestía un pantalón descolorido de tantas lavadas y planchadas que lo acompañó durante toda la carrera, en el examen profesional y en las primeras semanas de clases, hasta que llegó el pago y se compró dos pantalones, uno negro y otro azul, como le había recomendado su madre.

El maestro Arturo era un hombre de alrededor de 35 años, afable, dotado de una inteligencia asombrosa, lector auténtico; había más libros en el cuarto donde vivía que casuchas en el pueblo. En las tardes su habitación se convertía en la biblioteca del poblado, iban los niños, algunas mujeres, escasos hombres y un par de ancianos a los que el maestro les había enseñado a jugar ajedrez y quienes, desde hace años, no habían terminado una sola partida, porque el que iba perdiendo se enojaba y volvían a empezar.

Carlos se cobijó bajo la tutela del maestro Arturo, aprendió cómo trabajar la lecto-escritura con adivinanzas y retahílas, a hablar en náhuatl, a contar cuentos como una niña hace lo propio con las cuentecillas de su collar perlado. El maestro Arturo le presentó a ese joven deseoso de arañar las estrellas a Rulfo, Márquez, Rosario Castellanos, y a poetas como Machado, Neruda y Sabines; también le enseñó a comer verdolagas con iguana en mole verde, a caminar por la montaña recogiendo hierbas para curar reumas, diarrea, siempre con la esperanza de hallar una mata de mariguana.

Arturo estaba dotado de una voz majestuosa, parecía recién expulsada de la boca de un dios, cuando hablaba daba la impresión de que recitaba la verdad absoluta, que no existía ni el pecado ni la maldad; su voz abrigaba de santidad a todo el que tocaba. En las noches, la gente del pueblo se reunía en su cuarto para escucharlo leer en voz alta, arte que dominaba; los escuchas reían, lloraban, se emocionaban y, durante el tiempo que duraba la sesión, tenían la impresión que habían estado en el paraíso. Ese cuarto en medio del camino irradiaba emisiones certeras: ráfagas de llanto, luces de ilusión y látigos de dolor que se escuchaban al pasar.

Arturo fue para Carlos el padre que no tuvo, el amigo, quien lo encaminó en la vereda de ser maestro rural de niños hambrientos y descalzos, quien le enseñó a administrar su raquítico sueldo, a soñar con ir a la Universidad, a enviarle religiosamente a su madre una parte de su pago.

Entre otras cosas, le enseñó a retozar en su catre, a descubrir los secretos de su entrepierna, a trepar centímetro a centímetro hasta llegar a la cumbre. Carlos descubrió que el paraíso dura apenas unos segundos, pero que esa sensación puede durar y durar. Le enseñó a aceptarse como hombre que tiene derecho a sentir placer, a mirar de frente a la gente después de haber subido hasta el cielo, a no sentir culpa por no ser el modelo de masculinidad que una sociedad falocentrista espera.

Carlos aprendió a sentir un arcoíris de sensaciones insospechadas, supo que la tristeza se alivia frotando con la lengua el lóbulo de las orejas, que el resentimiento se mitiga con el roce de los dedos sobre el vientre y que para convertir una mirada seca en un manantial de esperanza, basta con acariciar la mata negra de una cabellera ensortijada.

Arturo le insistió que gozara cada día de su compañía, pero que fuera capaz de desprenderse sin dolor cuando estuviera listo para continuar por los recovecos del destino. Destino que, le aseguró, no existe, que es el perdón de los avergonzados, bálsamo de los arrepentidos y el nido de la cobardía.

—Carlos ve por lo que quieres, no te amarres a este sitio, todavía eres muy joven —instó Arturo. Pero no fue sencillo, porque Carlos, aunque ya soñaba con ir a la Universidad, no quería dejar la comunidad que lo abrigó, a los niños que le hicieron olvidar su orfandad y, sobre todo, el calor de unas manos amantes, de una pasión genuina, de una voz acariciadora... de un hogar.

—No quiero irme de aquí por ahora, hay que dejarlo para después —decía Carlos con la voz fuerte y molesta y después se agachaba y susurraba: —no te puedo dejar.

—No te puedes detener por esos motivos, ve y haz lo que tengas que hacer, yo aquí voy a seguir, esta es mi casa, esta mi escuela y su gente es mi proyecto de vida, no el tuyo, tú todavía ni siquiera tienes claro lo que quieres —le decía Arturo.



Casi tuvo que correr a Carlos. Después de cinco años de luna miel, le consiguió una permuta a la Ciudad de México, en una colonia popular, de esas que abundan en la delegación Iztapalapa.

MARIPOSA, VUELA, VUELA...

En la Ciudad de México llegó a trabajar a la escuela "Hermanos Galeana", como era principio de año había tres grupos disponibles, un primero, un cuarto y un quinto; los maestros de la escuela se sorprendieron por su interés de trabajar con los más pequeños de la escuela.

—Nosotros, los hombrecitos de la escuela, siempre tenemos quinto y sexto —dijeron los profesores.

—En la escuela donde trabajaba atendía a los más pequeños, tengo experiencia en la enseñanza de la lecto-escritura, creo que con el primero puedo dar mejores resultados —respondió Carlos.

Algunos maestros bromeaban acerca de lo maternal que era el maestro Carlos, pero éste había sido vacunado contra la homofobia; se aceptaba y era feliz con su manera de andar por la vida. Sabía que le decían "mariposa", no se ofendía, al contrario, bromeaba: llegaba a las juntas de consejo tarareando una canción popular: *Mariposa traicionera*.

Ya había superado las épocas en las que los niños le gritaban "¡ahí el puto de Carlitos!", y luego lo apedreaban hasta el río, lo obligaban a meterse con ropa al agua, donde terminaba por orinarse de miedo.

Recordaba cómo desde pequeño miraba el rostro de sus compañeros, Mario, Andrés, Ricardo, todos le gustaban. En la secundaria miraba el cierre del pantalón de sus compañeros y soñaba...

Durante el tiempo que estuvo en la Normal estaba enojado consigo mismo, se odiaba, todavía no le quedaba clara su preferencia sexual, pero él ya se sentía culpable, sucio, avergonzado, "qué desilusión para su familia", pensaba. Todo este malestar lo superó al lado Arturo, fue él quien le dio esas pláticas de sexualidad que nunca había escuchado. Le habló de la preferencia sexual, le leyó pasajes completos

de libros como *Sexus, El vampiro de la colonia Roma, Confesiones de una máscara* y otros; descubrió que la sexualidad no es asunto de bondad ni de maldad, ni de cumplir con las expectativas de la familia.

MARIPOSA, SIEMPRE SUEÑA

Por eso, cuando el maestro Carlos veía que Josué agredía a Jonathan, por la simple razón de ser diferente, se sentía perturbado, ya se había cansado de hablar con Josué, de hacerlo entender; pero no cambiaba, porque cargaba con la ira acumulada por generaciones de hombres y mujeres intolerantes, incapaces de aceptar la diversidad.

Aunque su ética profesional no se lo permitía y el amor a su profesión era sincera, ese día, antes de salir de clases, pensó decirle a Jonathan viéndolo a los ojos con mirada de complicidad: "la próxima vez que Josué te moleste, no llores, sólo cierra tu puño y

—Me pegué con la puerta del baño —fue la respuesta seca que se escuchó decir a Josué. Atrás venía Jonathan, cabizbajo. El maestro Carlos sintió un alivio discreto, seguido de un inesperado sentimiento de culpa.

MARIPOSA, NO TE RINDAS

Todo esto hubiera pasado si el maestro Carlos en lugar de sólo pensar lo hubiera dicho, aunque no lo hizo porque sabía que golpear da poder"; pero un poder basado en el abuso y la prepotencia, y sabía que golpear a Josué no era la solución, porque después tendría que pegarle a David, a Javier, a Irwing y a todo el no lo aceptara, y eso podría durar toda la vida.

Jonathan necesitaba otras herramientas para poder defenderse de la intolerancia del mundo, pero ¿qué armas podrían ser más eficaces? Lo pensó unos días, recordó cómo había trascendido su vida, primero en su pueblo, en la Normal y con el maestro Arturo.

Ya había superado las épocas en que los niños le gritaban "ahí va una mariposa", "maricón", "puto", y luego lo apedreaban hasta el río, lo obligaban a meterse con ropa al agua, donde terminaba por orinarse de miedo.

con toda tu fuerza aséstale un golpe justo en la nariz, tienes que darle un golpe preciso, porque si sólo lo rozas, entonces te irá muy mal; luego camina lentamente, serás libre".

Una semana después Jonathan pidió permiso para ir al baño, Josué pensó darle un susto —ya que corría el rumor de que en la escuela la mano peluda se aparecía en los baños—, se paró enseguida y también pidió permiso.

Después de un rato, Josué entró al salón con la nariz sangrando.

—¿Qué te pasó? —preguntó el maestro.

Descubrió que el verdadero poder está en la palabra hablada y escrita, en la razón, en los argumentos; de esas herramientas tenía que armar a Jonathan, porque son las que verdaderamente dan poder.

Pero ni la palabra lo iba a proteger del todo, quizás le iba a seguir pegando ese Josué y otros muchos Josués, pero quizás, eso era necesario para poder crecer y descubrir cómo vivir en la diferencia. @

